



Sin zapatos y sin padres

ANTONIO TIENE 21 AÑOS Y ES MUY valiente. Visita cinco días a la semana la abarrotada prisión de Tacumbú, en Asunción, la capital del Paraguay, para dar estudios bíblicos a once reclusos [señale Asunción en el mapa].

Antonio creció con un padre violento y ni siquiera tuvo un par de zapatos propios hasta que cumplió los trece años. Cuando le preguntan, dice que es un milagro que vaya a la prisión de visita y que no sea un recluso que vive en ella.

Antonio recuerda pocas cosas de su niñez. Pero recuerda que sus padres limpiaban la casa de un hombre rico, y cuidaban también sus vacas, ovejas y pollos, en un pueblo llamado General Díaz. Antonio y Cristóbal, su hermano mayor, pasaban mucha hambre porque sus padres gastaban todo el dinero en alcohol y cigarrillos.

Cuando Antonio tenía siete años, sus padres perdieron su trabajo y también su hogar. Entonces construyeron una casa de palos y paja a la orilla de un río en las afueras de la ciudad. Allí, Antonio pescaba para comer. Con apenas nueve años y aunque todavía estaban en la escuela, él y su hermano comenzaron a trabajar en una pequeña fábrica haciendo ladrillos y limpiando la casa del dueño de la fábrica. Sus padres les quitaban la paga para comprar cigarrillos y alcohol.

“Ni siquiera teníamos dinero para comprar zapatos –nos cuenta Antonio–; fui descalzo a la escuela durante seis años. En séptimo grado, logré ahorrar un poco de dinero de mi trabajo y compré un par de zapatos baratos”.

Los hermanos trabajaban horas adicionales en la fábrica de ladrillos y recibían

ladrillos como pago; con ellos, sus padres construyeron una casa a orillas del río y comenzaron a vivir en ella cuando Antonio tenía once años.

UNA VERDAD DIFÍCIL DE ACEPTAR

Un día, Antonio y Cristóbal jugaban a la pelota cuando su padre los llamó a la casa.

–Tenemos algo que decirles –dijo el padre, de pie junto a su madre–. Ambos son adoptados.

Seguidamente, les contaron que sus verdaderos padres eran muy pobres y les habían pedido que cuidaran de él y de su hermano cuando Antonio tenía apenas ocho meses de nacido.

Antonio estaba desconsolado, triste y confundido. Cristóbal, su hermano de trece años, lloraba incontrolablemente.

Poco tiempo después, Victoriano, un pariente adventista, visitó a la familia y les regaló una Biblia. Los padres de Antonio no sabían leer, así que su hijo les leía. La primera vez que abrió la Biblia, comenzó a leer sobre David y Goliat. Le gustó mucho la historia y sintió curiosidad por saber más, así que comenzó a leerla por su cuenta. En la Biblia encontró la paz que necesitaba. Su versículo favorito es el Salmo 27:10, que dice: “Aunque mi padre y mi madre me abandonen, tú, Señor, te harás cargo de mí”.

La familia comenzó a recibir estudios bíblicos, y un año después, cuando Antonio tenía doce años, se bautizó junto con sus padres y su hermano. El día de su bautismo, Antonio perdonó a sus padres biológicos por haberlos abandonado. Su padre adoptivo dejó de beber y de maltratarlos, y se volvió más cariñoso, e incluso les pidió perdón a sus hijos.

CÁPSULA INFORMATIVA

- Paraguay tiene 61 iglesias y 95 congregaciones, con un total de 12.519 miembros. En el país habitan más de 31 millones de personas, lo que representa un adventista por cada 544 habitantes.
- Paraguay tiene tres institutos adventistas, y la Universidad Adventista del Paraguay, ubicada en Asunción, la capital.
- Paraguay es una nación bilingüe: el guaraní es su primer idioma; y el español, el segundo.
- El río Paraná atraviesa Brasil, Paraguay y Argentina, y es el segundo río más largo de América del Sur, después del Amazonas.
- En Paraguay se encuentra el roedor más grande del mundo, llamado capibara, que es similar a un conejillo de indias gigante.

Varios años después, a través de Facebook, Antonio supo que tenía otros cuatro hermanos y que su madre biológica vivía en un pueblo muy lejano. Nunca pudo encontrar a su padre biológico, pues se había divorciado de su madre hacía bastante tiempo.

Antonio ahora trabaja como misionero en una iglesia de Asunción que se construyó con las ofrendas del decimotercer sábado del año 2016. Como misionero, da estudios bíblicos en la prisión de Tacumbú, y siete de los internos han entregado su vida a Cristo. Antonio desea ser pastor algún día y también poder conocer a su madre biológica.

“Mi sueño es conocer a mi verdadera madre para hablarle de la Biblia y del amor de Jesús –nos cuenta él–. Jesús me dio la vida y también un propósito para mi vida y felicidad”.

[Juntos, pueden ver a Antonio en un video, en el enlace: bit.ly/Antonio-Pedrozo. También algunas fotos relacionadas con esta historia en el enlace: bit.ly/fb-mq.]